

**Poemas de María  
Encarnación Fernández  
Sánchez**

# MICROBIOGRAFÍA

A día de hoy, mi vida está trazada por una línea meridiana que me divide en dos mitades exactas, una mitad llena de arena y agua, y la otra de tierra y olivos. Quizá esa línea cubra el cielo y escribir sea el fruto que una mis dos mundos, de donde provengo y donde vivo. Ambos haciendo historia desde mis manos.

Encarni Fernández Sánchez

# ENERO 2010

El año mordido en su luna azul,  
el pasado en cartas grises  
y ceniza entre mis manos;  
color prendido de esa nube  
que llora por semanas

Otra vez batas blancas  
en el corazón de mi madre;  
innumerables ratones  
con agujeros de fruta seca

En la playa, mi hija abre surcos en la arena  
y planta cerezos de invierno.

En el horizonte mi futuro  
recogido junto a los versos  
de un poema prestado,  
un libro sin páginas que anota estelas.

A cada minuto alguien mira su ombligo  
y al círculo le crecen esquinas  
como rosas de viento.  
El camino sin zapatos, como siempre.

Y otra vez preguntas,  
y graznidos de gaviotas,  
otra vez las manecillas del reloj,  
humedece mis folios, en el mar.

María Encarnación Fernández Sánchez

# TU LLANTO

Oigo tu llanto, madre,  
como si hubiese viajado por años enteros  
hasta llegar a tus ojos,  
esos ojos que quieren estirar la mirada  
buscando respuestas que se desgastan  
en tus manos,  
y allí quieres sujetar el agua  
que se escapa entre tus dedos,  
igual que el tiempo  
que nunca vuelve.  
Oigo tus palabras,  
desmenuzadas como la miga de pan  
sobre la mesa.  
Oigo el murmullo de tu luna menguante  
que se esconde en aquella sombra silenciosa  
de tu boca.  
Oigo el susurro de la vida que te desgasta  
hasta encontrar arena en los huesos.  
Oigo tus recuerdos , madre,  
con el hilván de las muñecas rusas  
destapando el corazón de una cebolla  
y de nuevo por capas tu llanto que cae sin esfuerzo.

María Encarnación Fernández Sánchez

# COMO A LAS FLORES

La vida irrumpía como un grano de pus  
en mi cara.

Y no entendía ese plato roto  
sin lentejas,  
ni el ruido de las tormentas,  
ni ese llanto que se anudaba  
en mi garganta  
dejándome muda con la oración  
de Lole y Manuel.  
Mientras mi madre callaba  
las preguntas del mundo  
en su bolsa de pan para alimentarnos  
como a las flores,  
con besos de hoja perenne.

María Encarnación Fernández Sánchez